

acento de incomparable ternura de sus hijos, y asiendo de las manos á sir William se las cubrió de besos implorando su perdon para ella y Grenville, siquiera en gracia de las inocentes criaturas que todo lo esperaban de una bondadosa palabra suya.

El éxito de la pretendiente fué mayor todavía de lo que pudiera esperar y áun querer acaso ella misma. Porque fascinado el anciano con la hermosura de sus facciones, la gracia y perfeccion de su conjunto y el acento incomparable de su voz, cosas todas que aventajaban cuanto hasta entónces habia podido admirar en las estatuas de Grecia y en el teatro italiano, comprendió por la propia seduccion la de su sobrino, sintiéndose cautivo en los mismos lazos cuya fuerza negó al ver preso en ellos á Grenville; llegando á tal extremo su ceguedad y arrobamiento, que, cual si lo hubiera sobrecogido repentina locura, olvidó en pocas entrevistas su edad, su posicion social, su odio al matrimonio, el oscuro nacimiento y las aventuras de Emma, sus amores con su sobrino, el afecto que áun pudiera ella tenerle, los hijos nacidos de aquel consorcio, y el escándalo y la vergüenza del ignominioso tráfico que se proponia, comprando la posesion de una beldad por el importe de las deudas de su cortejo.

Así sucedió, en efecto, y Hamilton casó en Londres secretamente con Emma, llevándosela en seguida á Nápoles sin haber declarado aún su matrimonio. La hermosura de lady Hamilton deslumbró á la Italia como ántes habia deslumbrado á la Inglaterra; pero la fama de sus liviandades y de su impudor la precedió con la historia del comercio infame de que fué objeto entre tio y sobrino, acreditándose de tal modo, que para sofocar estos rumores y rehabilitar tambien al propio tiempo á su idolo

en la medida de lo posible, se vió el embajador obligado á ratificar su casamiento de una manera solemne y pública. Cesó con esto el escándalo, y ya no se habló en Nápoles sino de las seducciones de lady Hamilton, de su belleza incomparable, y de su porte distinguido, siendo la primera en mostrarse admiradora entusiasta suya la misma reina de las Dos Sicilias.

## XVI.

Era la reina Carolina de Nápoles hija de la emperatriz María Teresa de Austria, y hermana de María Antonieta, hermosa como ésta y simpática, aunque más constante, y tenía el ingenio de su madre; pero de sus virtudes sólo el valor y la entereza. Prevailase Carolina de su juventud, de su belleza, y del amor que inspiraba y del dominio que sabia ejercer sobre su marido, príncipe apático y de no muy superior inteligencia, para gobernar el reino desde la sala de festejos de su alcázar ó desde su alcoba por medio de sus favoritos, entre quienes designaba los que habian de ser ministros. Y como su actividad no conocia límites, y poseia condiciones para remover la Europa entera, y se agitaba en espacio asaz pequeño, el horror que le inspiró el asesinato de su hermana por los regicidas franceses, el miedo de caer derribada del trono en manos de los revolucionarios ó de los verdugos de Italia, el odio á los nuevos principios, que así reconocian derechos á los pueblos como limitaban el despotismo de los reyes y el capricho de los cortesanos, hicieron de Carolina de Nápoles la Némesis coronada de los tro-



nos, la personificación de la conjura de los reyes contra la rebelión de los pueblos.

Obligada de la necesidad, no sólo permanecía neutral, sino que fingía ser amiga de la Francia y toleraba un embajador de la república en Nápoles; pero en cambio se desquitaba de todas estas humillaciones conspirando encubierta y activamente con Austria, Rusia é Inglaterra. Su alianza con la Gran Bretaña la seducía más aún, pues encadenar á su carro el Gabinete de Lóndres, y hacer por tal modo de una potencia marítima señora de los mares el escudo que la protegiera de propios y extraños, no sólo era la necesidad de su política, sino su pasión dominante. Y como para conseguir los fines propuestos se hacía necesario, en primer lugar, la benevolencia y sumisión del embajador de Inglaterra en Nápoles, la llegada de lady Hamilton á la corte de las Dos Sicilias y el dominio absoluto que había conquistado sobre su marido, brindaban á la Reina con el medio más natural y cierto de poner en ejecución su pensamiento si Emma quería secundarlo. A merecer, pues, el favor de la Circe de Rowmney se dirigieron los esfuerzos de Carolina, toda vez que sir William Hamilton gozaba de la confianza de Mr. Pitt, y que Mr. Pitt disponía de la voluntad, del oro y de las escuadras de la Gran Bretaña; quedando, por tanto, árbitra de los destinos de Italia la mendiga de Hawarden, cuya hermosura ofreció en espectáculo á la licencia el Dr. Graham, y reprodujeron los artistas contemporáneos, y se disputaron sus admiradores, hasta que fué comprada por sir William Hamilton para recreo de sus sentidos y ornato de su palacio.

## XVII.

Empero influyó ménos todavía en el afecto repentino, violento é irresistible que sintió la reina de Nápoles por lady Hamilton la política que la naturaleza. Pues verla y amarla fué todo simultáneo en ella, cediendo Carolina con esto al instinto de las hijas de Maria Teresa, en quienes la hermosura ejerció siempre poderoso atractivo; y si á lo dicho se agrega el ánsia que sentían de amistad y favoritismo, se comprenderá fácilmente que la calumnia llegase á injuriaslas en sus más puras y legítimas inclinaciones. Así aconteció entónces con la intimidad que á poco de conocerse trabaron la Reina y la embajadora; pero dotada Carolina de carácter más viril é inflexible que Maria Antonieta, su hermana, supo arrostrar la murmuración con frente serena, imponiendo silencio á la envidia y al odio con el respeto y el terror que infundía su nombre.

## XVIII.

El entusiasmo por la hermosura de lady Hamilton llegó á generalizarse tanto en aquella época de su vida y á ser tan unánime y ferviente, que más parecía culto idolátrico de la Europa entera que no admiración hácia su persona, viéndose acudir á Nápoles de todas las ciudades de Italia los artistas, ganosos de trasladar al mármol ó al lienzo los rasgos de su fisonomía para satisfacer la pública curiosidad.

»Desde hoy, miéntras dure la estación de verano,—



escribía entónces uno de los más afamados pintores italianos,—no me pertenezco, pues empleo todo el tiempo que tengo disponible en copiar las innumerables bellezas de lady Hamilton, mujer á quien llamaré casi divina por no saber cómo calificar su hermosura incomparable, ni hallar epíteto que más convenga á la que tan superior es á su sexo. Sin embargo, temo quedarme sin mi modelo por algunos dias, pues he oido decir que hará un viaje con sir William Hamilton, cosa que le disculpa despues de todo, viéndola tan asediada é importunada de las gentes en paseos, jardines, calles y teatros, á donde acuden para contemplarla como un prodigio. Si lady Hamilton fuera vanidosa, que no lo es, acabaria por perder el seso con estas demostraciones.

«Ahora voy á retratarla representando á Juana de Arco; despues haré con ella una Magdalena, y luégo una Bacante; y por último, estoy resuelto á reproducir sus facciones y sus formas de cuantas maneras pueda. El otro dia no quiso dejarse retratar por mí, y creyendo yo haber caido en desgracia con ella, no acerté á dar una pincelada. Súpolo lady Hamilton, y compadecida, cedió á quedarse un rato en el estudio. En mi vida he conseguido hacer una cabeza tan hermosa como la de aquella pintura, que piensa enviar á su madre cuando termine las ropas. Inútil me parece decir que cuando desistió de su negativa y la vi sentada frente á mí, recobré las perdidas facultades y el uso de mis pinceles.»

## XIX.

Cuando Carolina estuvo cierta de que no sólo era encanto de sus ojos lady Hamilton, sino que tambien sería instrumento eficaz de su política, se abandonó por completo á las delicias de su amistad; llegando con esto á ser la jóven embajadora favorita de la Reina, ídolo de palacio, ministro secreto de la corte de Nápoles, confidenta de los designios y placeres de su amiga y consuelo de sus lágrimas; como que pasaba dias y noches enteras en la cámara de la Reina y de sus hijos, olvidándose á véces del rango que tenía en la corte para descender voluntariamente, por tal de complacerla y serle amable, á la condicion servil que tanto la humilló los primeros años de su juventud y en cuyo ejercicio se recreaba y enorgullecia entónces, al modo de aquellas esclavas de los tiempos antiguos, ligadas por devocion al trono á las emperatrices romanas sus señoras. Y en fuerza de no tener secretos la Reina para lady Hamilton, pues le comunicaba todas sus preocupaciones y angustias, con las confidencias y los temores penetraron en el corazon de la favorita las pasiones políticas de Carolina.

«La cual—decia la de Hamilton en una carta—pasa en sus momentos de frenesí del delirio del miedo al delirio del entusiasmo, haciendo resonar sus habitaciones con sus gritos, lamentos y carecujadas, riendo, llorando y rompiendo en sollozos convulsivos, arrojándose á los brazos de su marido, sofocando casi á caricias sus tiernos hijos y acogiendo con grandes demostraciones á cuantas personas entraban en su cámara, pronunciando frases incohe-



rentes, inteligibles sólo para ella, invocando á cada paso la Inglaterra y exaltando los méritos de Nelson con estas ó parecidas palabras: ¡Héroe de los mares! ¡Nelson incomparable! ¡Libertador de Italia! ¡Esperanza de la patria! ¡Providencia de Nápoles!»

## XX.

Así era como la hemos descrito en breves líneas la mujer de irresistible seducción que adquirió sobre Nelson funesto, invencible y culpado imperio, causa de sus extravíos, crímenes y desgracias. Bien será decir de paso que aun cuando lady Hamilton sólo tenía entonces veintiseis años y era Nelson de aspecto débil y enfermizo, extraño y agreste, sin otros atractivos que los de su perfil aguileño y belicoso, su manquedad, sus esperanzas de gloria y el fuego de su alma que revelaban sus ojos, el atractivo que lady Hamilton tuvo para el héroe fué tan repentino y apasionado en él como intenso y grande también el sentido por ella. Sin duda que la política y el orgullo le hicieron comprender la importancia que tendría subyugar á Nelson, en cuyas manos estaba la salud de Nápoles y de la corte bajo el doble aspecto de la utilidad para Carolina y de la gloria para ella; pero la política y el orgullo no fueron en el caso presente sino la justificación del amor; que lady Hamilton amó también, y esto basta para revestir de ciertas apariencias el suceso.

No pudiendo el héroe, por su parte, contener su afecto dentro del pecho, le daba salida, sin advertirlo acaso, en todas las cartas que dirigía por aquel tiempo á Inglaterra ó á sus amigos y compañeros de profesion.

«Hoy comemos con los reyes de Nápoles, dice Nelson en una de sus cartas. El Rey me colma de favores. La Reina es una verdadera hija de María Teresa... Al otro extremo de la mesa en que escribo está sentada lady Hamilton, y basta decir esto para explicar el desconcierto de mis ideas... Acaso tú en mi lugar escribirías con más desorden...; que cuando se halla preso y agitado el corazón, fuerza es que la cabeza divague y tiemble la mano... ¡De mí sé decir que tengo miedo de Nápoles y que me vendría huir pronto de aquí!...»

En otra, dice: «Vivo en la misma residencia de lady Hamilton, y con esto comprenderás que soy feliz de todo en todo, excepto aquellos momentos en los cuales he de ocuparme necesariamente en los negocios del reino; pero te aseguro que si conseguimos hacer ahorcar al baron de Thugut, al cardenal Ruffo y al ministro Manfredini, luégo al punto quedará la nación tranquila.»

Thugut, Ruffo y Manfredini eran los enemigos de la Reina y de lady Hamilton en Viena.

Inspirado Nelson por ambas, comenzaba ya entonces á participar de los odios de su ídolo á los bandos rivales, y de acuerdo con el embajador de Inglaterra, y apoyado en la influencia del Gobierno británico, incitaba resueltamente á la guerra contra los franceses al rey de las Dos Sicilias. Pero la derrota de Mack, general austriaco á quien el Monarca napolitano habia confiado la conducta de su ejército, decidió en pocas horas de la suerte del reino, y al dirigirse los franceses á la capital como libertadores del país, despertando en todas partes el adormecido espíritu republicano de otros tiempos, sólo dejaron á la corte la facultad de huir.



## XXI.

Esta fué la época más apasionada de aquel amor intenso y profundo que sentía Nelson por la dama de sus pensamientos. Pues como él hubiera salido á cruzar y quedádose lady Hamilton en Nápoles, distancia y ausencia reconcentraron en su corazón las memorias tan dulces de su hermosura, llenándolo de melancolia, y exaltándolo hasta los límites de lo posible; manera de locura que suelen producir las pasiones culpadas en los marinos y guerreros por efecto de la ignorancia en que se hallan generalmente de las malicias y ardidés femeniles y de su cándida credulidad en la fe prometida. El mar, el aislamiento de á bordo, la idea de la inestabilidad de las cosas humanas, fija y pertinaz en el navegante, pues piensa más que otro alguno en la muerte y en sus amores, y ansía por tanto más que todos gozar presto y mucho para desquitarse de la privación en que vive, contribuyen de una manera eficaçísima también á producir y sublimar sus afectos; y como nada es parte á distraerlos de aquello en que piensan, y ninguna otra imágen puede ahuyentar de sus almas aquella que los absorbe y arropa, y permanecen largos meses en la soledad acariciando las mismas imaginaciones, las campañas prolongadas á bordo y los viajes de mucha duración emprendidos con un sólo recuerdo en la mente acaban por ser verdaderas enfermedades del espíritu que agrava la soledad y que concluyen á las veces con la razón y la virtud. Esto aconteció entónçes á Nelson, cuya razón y virtud murieron

para dar vida y desarrollo al afecto que le inspiró la persona de lady Hamilton.

«¡Miseró de mí!—decía el enamorado marino en una carta escrita en alta mar á la hermosa lady;— ¡qué tristes me parecen los entrepuentes de mi buque, y qué solitaria y sombría su cámara desde que mis ojos no ven la luz de vuestra hermosura! ¡Todo me causa tedio ausente de vos!»

## XXII.

Cuando aquellos de sus amigos que tenían derecho y obligación de hablarle con llaneza y claridad lo reprendían por su extravío, convenia en la justicia de sus censuras, y demostraba sin empacho los remordimientos que lo atormentaban; pero estas inquietudes y escrúpulos, bastantes á envenenar su existencia, carecían de la fuerza necesaria para restituirlo á la virtud, llegando á ser tanta su locura que más de una vez faltó á las órdenes terminantes de su Gobierno por tal de no alejarse de Nápoles y de lady Hamilton.

## XXIII.

Poco tiempo despues se daba en Tolon á la vela el general Bonaparte con la escuadra más imponente que hubiera surcado el Mediterráneo desde la época de las Cruzadas, llevando á bordo un ejército de desembarco, y dejando á la Inglaterra perpleja en órden al objeto verdadero que se proponia realizar tan formidable armamento.

¡Dirigiase con aquella flota el ya célebre caudillo



á una ó varias de las posesiones europeas de la Gran Bretaña, ó hacia rumbo á las Indias? ¿Se dirigia Bonaparte á Constantinopla para conquistarla y para dominar desde los Dardanelos la Rusia, el Austria y los mares europeos? Fuerza era saberlo, y al efecto, no pudiendo el almirante San Vicente, jefe de las fuerzas navales de Inglaterra en las costas de Francia, España é Italia, distraer buques de los apostaderos establecidos en el litoral frances y español, designó á Nelson, por ser el más bizarro y activo de sus oficiales, para observar, perseguir, y á ser posible, destruir y aniquilar la expedicion de Bonaparte.

Reuniéronse sucesivamente al *Vanguard*, en el cual izó Nelson su insignia, diez y seis navios, y con ellos se lanzó á la ventura en seguimiento de la borrada estela de las naves francesas, cuyo rumbo era desconocido para todos. Despues de tocar en la isla de Córcega, que habia rebasado ya Bonaparte, y recorrido en vano las costas de España, salió la vuelta de Nápoles, á cuyo puerto llegó el 16 de Enero, desalentado, sin esperanzas de dar con el enemigo, y escaso de viveres y pertrechos. Pero, no bien hubo echado el ancla, recibió Nelson despachos de los cónsules ingleses de Sicilia, dándole cuenta de la conquista de Malta por Bonaparte, y de la salida del convoy tan luégo se rindió la plaza. Con esto conjeturó que acaso se habrian dirigido los franceses á Egipto.

Merced á las intrigas de lady Hamilton, excitadas de la pasion que tenía por la Reina y de su amor á Nelson, logró de la corte de Nápoles el inglés cuantos auxilios y pertrechos necesitaba para proseguir su peligrosa campaña, sin embargo de la neutralidad aparente del gobierno de las Dos Sicilias. Pre-

venido todo en pocos dias, salió de nuevo Nelson á la mar, llegó á Cerdeña, costeo el Peloponeso, cruzó en varias direcciones el mar de Oriente, despachó avisos que penetraron en la rada de Alejandria, donde aún no habian parecido los franceses, franqueó desesperado el mar de Egipto, se acercó á Candia mientras la escuadra republicana pasaba por el otro lado de la isla, llegó á la vista de Malta, interrogó en vano los horizontes, y al saber por un buque pasajero que se levantaba en su patria un vago rumor contra él y que sus compatriotas lo acusaban de inepto para el caso, montó en cólera, viró en redondo sus naves, dió todas sus velas al viento y retrocedió la vuelta del Egipto, descubriendo al fin el dia 1.º de Agosto, al despuntar del alba, el bosque de arboladuras de la flota francesa en el puerto de Abukir, á seis leguas de Alejandria, cerca de la embocadura del Nilo.

## XXIV.

Bonaparte habia desembarcado ya y marchaba por el desierto hácia el Cairo. El almirante Brueys mandaba la escuadra francesa, compuesta de diez y siete navios de guerra, cuatro fragatas, y gran número de trasportes; y la superioridad numérica de sus buques y cañones, y el valor y la pericia de sus tripulantes le hubieran permitido en cualquiera otra circunstancia, no sólo esperar á Nelson, cosa que preveia, sino hasta salir á su encuentro para disputarle el Mediterráneo. Pero los combates navales ofrecen contingencias que las instrucciones de Bonaparte y el carácter de la expedicion no consentian correr, siendo la flota punto de apoyo y parque



del ejército, y única base de las operaciones del general en jefe. Y como la pérdida de la escuadra hubiera dejado sin medios de comunicacion ni esperanza de recibir refuerzos á las tropas, cortándose con su ruina el puente que unia la metrópoli á Egipto; exponer sus naves á contratiempos ó catástrofes en alta mar habria equivalido á la más negra traicion al ejército que acababa de saltar en tierra y á la Francia que lo esperaba de vuelta en ellas una vez concluida la guerra. Por eso, después de hacer esfuerzos tan grandes como inútiles para entrar en el puerto cerrado de Alejandría, que á la sazón se creia poco profundo para buques de mucho calado, se decidió Brueys á echar anclas en la rada de Abukir, cuyos escollos fortificó. Dispuso luego seis navios de línea formando media luna, y apoyando ambos extremos, uno en el islote de Abukir, baluarte natural, fortificado además con cañones, y el otro en un saliente de la ensenada, presentó al mar las baterías de aquellas fortalezas combinadas de tal modo, que podian converger sus fuegos sobre un mismo punto; defensas inexpugnables á los ojos de Brueys por la parte de tierra, y que ofrecian para un combate naval las condiciones más extraordinarias de solidez que pudieran imaginarse.

## XXV.

Advertido Brueys á las dos de la tarde del 1.º de Agosto por sus vigías de la llegada de Nelson, se preparó al combaté. A seguida dispuso que dos bergantines de poco calado, el *Alerte* y el *Railleur*, fuesen al encuentro de la flota inglesa, y que despus de acercársele á tiro de cañon, fingieran huir,

y á todo trapo buscar refugio en la rada, pasando para entrar en ella por sobre ciertos bajos peligrosos, con la idea de que imitara su ejemplo el enemigo, y encallaran á lo ménos los navios de vanguardia.

Pero Nelson, que conocia el paso, evitó el peligro, y sin demostrar que se ocupaba de los bergantines, avanzó en orden de batalla, dirigiéndose á la cabeza de la línea francesa, cual si fuese á tomar por asalto el centro de una posicion, y virando luego, y lanzándose, sin sondar, vacilar ni hacer un solo disparo, entre la extremidad de la línea de Brueys y el islote fortificado de Abukir, pasó á todo trapo con la mitad de sus buques, perdiendo sólo el *Culloden*.

A medida que los navios ingleses iban entrando, anclaba cada uno al costado de otro frances, y hecho esto, la segunda mitad de la escuadra de Nelson se detuvo de repente, y en dos mitades se colocó por la parte del mar paralela con los buques de Brueys, resultando entónces, que á virtud de la maniobra quedaron los franceses cogidos entre dos fuegos, que los abrasaban.

Después de haber perdido la escuadra francesa por un error de su jefe la proteccion que se prometió de tierra y la facultad de moverse durante la lucha estando anclada, comprendieron sus tripulaciones la suerte que les aguardaba, esto es, sucumbir gloriosamente, arrastrando en su ruina el mayor número posible de buques enemigos. Y así lo hicieron, mostrándose dignos de la magnitud del desastre, pues las tropas republicanas que se hallaban á bordo de la escuadra, bajo las órdenes todavía de los bizarros oficiales de la época revolucionaria, lograron elevarse al nivel de los grandes hombres



del tiempo antiguo con su ilustre y glorioso suicidio; héroes de nuevo Salamina á quienes faltó un Temistocles! El *Spartiate*, el *Franklin*, el *Orient* y el *Tonnant* cubrieron los puentes de las naves inglesas de muertos, heridos, palos y vergas al contestar por babor y estribor á las andanadas que recibían por ambas bandas; pudiendo decirse que la victoria no fué aquella vez conquistada del valor y de la inteligencia, sino resultado fatal de la inmovilidad, y que nunca venció la marina francesa más gloriosamente de sus enemigos que sucumbió en Abukir á manos de ellos. Porque cada nave de la escuadra de Brueys fué teatro de escenas que recuerdan con su heroísmo las más famosas de las Termópilas, y que los combatientes no peleaban para vencer sino para morir. Así se vió caer uno á uno heridos ó muertos sobre las cubiertas de los navíos franceses sus capitanes, oficiales y artilleros, y que no conseguían los ingleses apoderarse sino de montones de cadáveres en flotantes piras encendidas, pues no parecían otra cosa los cascotes demantelados y envueltos en humo y fuego de los vencidos. El almirante Brueys, herido desde los primeros disparos del combate y que permanecía sobre cubierta en el *Orient*, rodeado de los restos de su estado mayor, llamando con grandes voces la muerte para no ser testigo de tan cruento infortunio, cayó al fin partido en dos de un cañonazo; pero aún resistió con sus manos moribundas á los que acudieron á levantarlo del suelo para llevarlo al entrepunte, diciendo:

«No; dejadme aquí; que los almirantes franceses deben morir mirando al enemigo!»

Su capitán de bandera Casa-Bianca quedó muerto pocos minutos despues al lado del cadáver de su

general; pero el *Orient* siguió vomitando fuego por sus costados como una máquina de destrucción que una vez recibido el primer impulso ya no puede contenerse. Nelson también recibió una herida causada por un astillazo en la cabeza. La sangre le cubrió el rostro, y la piel de la frente que le cayó desprendida en parte sobre los ojos lo dejó por breves momentos como ciego, persuadiéndolo de que aquella oscuridad era la sombra de la muerte que lo cubría.

## XXVI.

Seguro ya de la victoria, pero creyendo mortal su herida, mandó llamar Nelson al capellán del *Vanguard* y le dió encargo de hacer una visita de adios á su familia. Durante aquellos momentos y mientras los cirujanos de á bordo examinaban la herida del almirante, quedó su navío silencioso cual si se hallara sobrecogido de terror del propio modo que su tripulación; pero cuando dijeron que sólo era superficial y que no corría Nelson peligro alguno, voló la fausta nueva de boca en boca por las baterías, rompiendo todos en vítores y aclamaciones, y volviendo á la pelea con nuevos bríos; siendo tanto el furor de los combatientes, que seguían empeñados en su obra de destrucción tres horas despues de anochecido sin advertirlo: que tanta era también la siniestra claridad que derramaban sobre la rada de Abukir los fogonazos y el incendio de las naves que ardían. Luégo comenzó el silencio; los navíos franceses callaban unos en pos de otros por falta de artilleros, y rotas las amarras garraban hácia la costa y encallaban, ó se hundían en el mar; el *Orient* ar-



dia por la cubierta, pero seguia disparando por los entrepuentes, sin advertir que la brisa de la noche iba convirtiéndolo en una hoguera inmensa y pavorosa, y que los ingleses huían de su lado para evitar el peligro de su ya inevitable voladura; y Dupetit-Thonars, comandante del *Tonant*, no cesaba tampoco de hacer fuego en medio del desastre, no ya por la vida sino por la inmortalidad, y era tanto el coraje que lo poseia en aquellos terribles momentos, que despues de haber perdido un brazo y con las piernas rotas, hacia jurar á sus marineros que no arriasen pabellon cuando él hubiera muerto, y que lo arrojasen al agua para que ni siquiera sus despojos cayeran en poder del vencedor. Este navío y el *Franklin* tardaron poco en ser dos braseros formidables, en cuyas llamas se consumian los cuerpos de sus heroicos tripulantes.

## XXVII.

El pavoroso incendio del *Orient* levantaba sus llamas hasta el cielo, semejante á un volcan en ignicion que hubiera surgido en medio de la rada de Abukir, iluminando con sus rojizos resplandores los flotantes despojos de la batalla. Los marineros del navío se arrojaban por las portas al agua, y asidos de los tablones y palos que podian alcanzar se dejaban ir con ellos á la costa. En aquellos momentos tan azarosos se acercaron algunos á su comandante Casa-Bianca que yacia tendido en la cubierta, espirante casi, para levantarlo y sacarlo de allí; pero ya fuese imposibilidad de mover sus miembros rotos, ya estoica resolucion de no sobrevivir á la pérdida de su buque, se negó á la súplica de sus

marineros. Y como en vista de su resistencia quisieran salvar, al ménos, á su hijo, niño de doce años, en quien se cifraban heroicas esperanzas, y que por amor filial siguió la suerte de su padre, tampoco pudieron conseguirlo, pues resistiendo así los ruegos como la fuerza, se abrazó al autor de su vida y dijo que por nada se apartaria de su lado, prefiriendo á todo morir con él.

Lo cual entendido de los generosos oficiales y marineros que sentian acercarse por momentos el de la explosion, se apartaron del luctuoso grupo y se arrojaron al mar, alejándose á nado del navío. Pocos minutos habian trascurrido, cuando, á las once de la noche, hizo explosion el *Orient*, produciendo un estampido tan formidable que conmovió el Egipto hasta Roseta, y un relámpago tan intenso y de tan larga duracion que rasgó los horizontes hasta inmensa distancia, cayendo luégo convertidos en lluvia de brasas, llamas y tizones su artillería, jarcia, velámen y arboladura, tan temerosa y espantablemente cual si se hubiera desplomado sobre Abukir un pedazo del cielo por efecto de la voladura.

Al despuntar del sol el dia siguiente sólo se veian flotando en toda la extension de la bahía cascacos de buques hechos pedazos ó ardiendo, rotas las amarras y á merced de las olas, y tremolando en ellos jirones de la bandera francesa. Nelson mismo tenia desarboladas la mayor parte de sus naves vencedoras, y como apenas si podia moverlas merced á improvisados aparejos, hubo de completar su victoria sobre los restos de la flota de Brueys con dos navíos que le quedaban intactos. En esta postrera lucha, varios capitanes franceses vararon sus buques en la playa y les pusieron fuego, prefiriendo



antes verlos destruidos que no en poder del enemigo, y por tal modo quedó prisionero en su conquista el ejército invasor del Egipto. Pero con ser la capitulación futura de las tropas que acaudillaba entónces el general Bonaparte la segunda victoria de Nelson, como no plugo á la fortuna otorgarlo todo al mismo pueblo, dió á la Francia la tierra y el Océano á la Gran Bretaña.

## XXVIII.

«El triunfo alcanzado por Nelson en Abukir—dicen los historiadores franceses testigos del combate—fué acaso el más completo de cuantos se han obtenido en el mar desde la invencion de la pólvora.» Nelson lo debió á su osadía y á la inmovilidad de la flota de Brueys. Pero lo que hicieron los franceses anelados demuestra cuánto hubieran hecho á estar libres de amarras, pues si al sucumbir sujetos cayeron llevando la desolacion y la muerte á millares de sus enemigos y merecieron señaladas muestras de respeto de todo el mundo por su heroísmo, ¿cuánta no habria sido su gloria pudiendo pelear en iguales condiciones con los ingleses!

Despues de haber dado gracias al Dios de las batallas en la playa de Abukir, empleó Nelson diez y ocho dias en carenar sus naves para darse á la vela. Entretanto, despachó la vuelta de Inglaterra varios buques ligeros con la buena nueva.

Mal curado aún de sus heridas, llegó á Nápoles para gozar del triunfo juntamente con lady Hamilton. La corte, reconocida y gozosa de su victoria, le salió al encuentro en la bahía y lo acompañó hasta palacio. Emma se desmayó en la chalupa, y luégo

cayó de nuevo desvanecida, viendo la cicatriz apenas cerrada en la frente de Nelson.

Mas los acontecimientos se precipitaban. Los franceses se dirigian á la capital de las Dos Sicilias, y la corte trataba de huir; y como el proyecto hubo de trascender al pueblo y éste vigilaba cuidadoso á los reyes, se hacia necesario proceder con mucha cautela para evitar que lo impidiera. Pero merced al ascendiente que lady Hamilton ejercia sobre Nelson, y á su familiaridad en palacio, todo pudo concertarse de una manera fácil y sigilosa, quedando en breve convenida la evasión sin despertar el menor recelo en las masas. Llegado el momento, á favor de un subterráneo que aún existe y que comunica los sótanos de palacio con el puerto, hizo embarcar lady Hamilton de noche á bordo de los navios ingleses los tesoros, joyas y objetos de arte y de lujo pertenecientes á la familia real, y cuyo valor ascendia sin exageracion á diez y seis millones de pesos. Hecho esto, se acercó á la boca del subterráneo Nelson en persona con tres falúas, durante la tempestuosa noche del 21 de Diciembre, y embarcó en ellas la familia real, los ministros y el embajador de Inglaterra con su esposa, trasbordándolos, á pesar del furor de la tormenta, sanos y salvos al navio *Vanguard*. Dióse á la vela en seguida con rumbo á Sicilia, y durante tres dias una furiosa borrasca pareció rechazar de Palermo á los fugitivos de Nápoles, como si la tierra y las olas se hubieran concertado para negarles asilo y destruirlos.



## XXIX.

Tan intrépida como Nelson se mostró en aquella circunstancia lady Hamilton, consagrándose á la Reina, su amiga, y á la real familia con el olvido de sí misma y la sublime abnegacion de las antiguas esclavas por sus amas y señoras. En sus brazos exhaló el último aliento durante tan azarosa travesía el hijo menor de Carolina, tierno niño que sucumbió al terror y á la fatiga.

Tres dias despues de su salida de Nápoles llegaron los reyes á Palermo, donde creian hallar puerto seguro contra la invasion y las tempestades revolucionarias; pero una vez proclamada la república en la capital, amenazó con su estrago hasta Messina. Entónces fué cuando el cardenal Ruffo, príncipe de la Iglesia más guerrero que devoto, Charette italiano purpurado, convirtió la Calabria en nueva Vendee, y levantando cuarenta mil hombres en nombre de la religion amenazada y del rey proscrito, se dirigió lentamente sobre Nápoles para realizar una contrarrevolucion. Entre tanto el vencedor de Abukir observaba desde Palermo estos movimientos y alteraciones del reino, estimulados por Carolina, y acechaba la ocasion de hacer un desembarco y restaurar la monarquía: que ni el favor de los reyes, ni los halagos de lady Hamilton, ni la vida muelle y deliciosa que hacía en Sicilia, eran eficaces á entibiar su entusiasmo por la guerra, ni á imponer silencio á sus remordimientos; cosa esta última que se revela en sus cartas de aquel tiempo, bajo la forma de un gran desaliento y turbacion del espíritu.

«Habito, como siempre, casa de lady Hamilton,—decia en una de ellas;—y esta señora es mi providencia. No me siento bien de salud; pero mientras viva permaneceré aquí, si la Reina lo desea, para protegerla, bastándome la conviccion de que al obrar así procedo bien para quedar satisfecho y contento de mí. Lo que me asesina es la imaginacion y los remordimientos... siendo éstos tales á las veces, que sólo deseo morir con honra para no sentirlos más. No digo con esto que sea indiferente á los honores y riquezas que la patria y el Rey me conceden generosamente, sino que me hallo aparejado y dispuesto á dejar la vida del mundo, asiento de toda turbulencia espiritual; que no envidio á nadie mas que á aquellos cuyos estados miden seis piés de terreno, y que cuando sea la voluntad del Señor enviar la muerte por mí, la recibiré tan gozoso cual si fuera el más grande amigo mio á quien no hubiera visto en mucho tiempo!...»

En medio del desaliento que rebosan las palabras trascritas, y que no era sino la expiacion de sus culpados amores, la Reina y lady Hamilton lograron infundirle su mala voluntad y el odio implacable que las dominaba contra los republicanos de Nápoles; encono que advertimos en las cartas que de Palermo dirigia entónces á su amigo el almirante Troubridge, á cuya escuadra se hallaba confiado el bloqueo de la capital, pues le decia:

«Dadme presto cuenta de que se han cortado algunas cabezas; que no más necesito —añadia con ferocidad—para reponerme y confortarme un tanto!...»